

**DOMINGO III DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Nehemías, 8, 2-4a.5-6.8-10): *El gozo del Señor es nuestra fuerza.*

**Salmo** (18, 8-10.15): *«Tus palabras, Señor, son espíritu y vida»*

**2ª lectura** (1ª Corintios, 12, 12-30): *El cuerpo es uno, aunque los miembros sean muchos.*

**Evangelio** (Lucas 1, 1-4; 4, 14-21): *El Espíritu del Señor está sobre mí.*

La Buena Noticia de Jesús, Jesús mismo, su mensaje, su persona, su obra, no se podían perder en la noche de los tiempos. Lucas inicia su evangelio de una forma preciosa, no es un historiador al uso, no solo quiere levantar testimonio de los “hechos” acaecidos entre nosotros, sino que el evangelista es un apasionado creyente en Jesús. En las líneas que siguen no vamos a encontrar solo el relato de fechas, lugares, hechos relacionados con la vida de Jesús al modo de una historia clásica, sino el relato de la definitiva intervención de Dios en la Historia.

Jesús vuelve a Galilea, a su tierra para empezar su llamado ministerio público. Y vuelve a su pueblo, y en su pueblo se dirige a la sinagoga. Tres espacios geográficos cargados de densidad teológica. Galilea fue la tierra de Israel considerada más impura por los judíos más ortodoxos. Los galileos se habían contaminado, desde antiguo, con el culto a otros dioses de los países vecinos. Nazaret era una aldea muy pequeña de Galilea. Allí, con los considerados “pecadores” y en un pueblo insignificante Jesús decide empezar su predicación. El que elija la sinagoga para su predicación tampoco es un detalle menor. Jesús acepta las tradiciones de su pueblo. La sinagoga era el lugar de reunión para alabar a Dios.

Cuando los israelitas regresan del exilio (segunda lectura), muchos no conocían la tierra a la que volvían, pero todos habían oído hablar de ella. Esa tierra era el objeto de su conversación, de su deseo, de sus sueños. Una tierra pobre, pero suya, su tierra, la que Yahveh había dado a sus antepasados y de la que habían sido deportados. No había casa a la que volver, no había parcelas propias para cultivar, y hasta su templo sagrado había quedado vacío, despojado y destruido. Solo quedaban historias y leyendas, costumbres y tradiciones. Pero, no habían perdido la esperanza.

Todo el pueblo es convocado por el sacerdote Esdras para que escuchen la lectura del libro de la Ley. El pueblo estaba atento..., el pueblo entero se puso en pie..., el pueblo escuchaba..., el pueblo comprendía..., el pueblo se entristecía..., y, el pueblo también lloraba. ¿A qué sabrían aquellas lágrimas? *«No estéis tristes ni lloréis. Id, comed buenos manjares y bebed buen vino, e invitad a los que no tienen nada pues este día está consagrado al Señor, vuestro Dios».*

Los seres humanos lloramos por muchas razones. A veces, por tristeza; a veces, por nostalgia; a veces, por coraje, por rabia o por impotencia. Nos hace llorar la derrota, pero también un triunfo importante; unos lloran de dolor y otros de tanta alegría; hay quien llora por amor y hay quien lo hace por orgullo.

Varios siglos después, una catástrofe ha assolado la isla de La Palma. Un volcán entra en erupción inesperadamente y trae la desdicha a todo un pueblo. La lava que echa por sus bocas: quema, derriba y entierra calles, establecimientos casas y campos. Los gases que emite hacen el aire irrespirable y sus cenizas intransitable calles, carreteras y aeropuerto. Sus habitantes pierden todo, su vivienda, su trabajo sus enseres y lo más importante sus recuerdos. ¿A qué saben los llantos de los palmeros? Muchas son las promesas de ayuda que les han ofrecido y muy pocas las que realmente se han hecho efectivas ¿Cuántos sentimientos se amontonan en sus corazones junto a las lágrimas que corren por sus mejillas? *«No os pongáis tristes; el gozo del Señor es vuestra fuerza».*

Jesús lee la Escritura del profeta Isaías que se proclamaba en la sinagoga y se identifica totalmente con ese «*siervo de Dios*» del que habla Isaías en su profecía. Ese personaje está ungido con el poder de Dios y tiene una misión. Y esa misión no es de condena es una misión de salvación: evangelizar, liberar, restituir la vista... en suma proclamar un año de gracia. *«Hoy se cumple esta escritura».*

Son estas palabras de Jesús las que nos deben hacer reflexionar y orar mucho: la Iglesia de Jesús no existe para condenar, solo para salvar. Para librar de las opresiones que atenazan a las personas. Todos sabemos que somos partícipes de la misión de Jesús y a veces nos alejamos tanto porque nos empeñamos en poner pegas, juzgar, ser intransigentes, poco misericordiosos... Sí, sí, es cierto que también somos capaces de todo lo contrario y de dar lo mejor. Pero tenemos que creernos este programa de Jesús y aplicarlo en nuestras vidas y en nuestras comunidades para poder ser una Iglesia que proclama y ofrece la gracia, la ayuda, la fuerza y el consuelo de Dios.

Los cristianos, ungidos por el mismo Espíritu formamos un solo cuerpo. *«No hay que estar tristes ni llorar».* Pongamos manos a la obra, ayudemos solidariamente a los damnificados. Vayamos, todos juntos, pongamos todo nuestro empeño para liberar, sanar y *«vivir el año de gracia del Señor».* Así que, marchemos en apoyo y ayuda de nuestros hermanos para que recuperen, lo más pronto posible, su dignidad y su ilusión por una **nueva vida**.